



De cómo el Bachiller Avellanado hizo que Don Quijote despertara de su secular sueño

María Luisa Tobar

Universidad de Messina (Sicilia)

Don José Martínez Rives¹, un madrileño transplantado a Burgos donde desarrolla toda su actividad profesional, fue director del Instituto de esa ciudad, y activo periodista, colaborador de casi todos los periódicos burgaleses y promotor responsable de muchos de ellos. Pero es además autor de varias obras poéticas y teatrales y de una continuación de la inmortal obra de Cervantes que él publica con el seudónimo de Bachiller Avellanado y con el título de *Tercera Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Hace años hojeando una obra sobre la imprenta en Burgos de Domingo Hergueta topé con la siguiente indicación:

El Ingenioso Hidalgo/ Don Quijote de la Mancha/ 3º parte/ escrita/ por/ el Bachiller Avellanado / Burgos/ Impr. De Blas González/ 1865.- Aunque no lo dice es el primer tomo de esta curiosísima novela publicada como folletín en 8º, y con 567 págs.

El interés literario que despierta esta continuación de la obra inmortal de Cervantes, apenas conocida sólo de contados bibliófilos burgaleses me anima a salir del marco ordinario que he observado en las obras de esta colección y así voy a copiar su prólogo o introducción del índice de sus capítulos².

A partir de ahí he tratado de localizar esta obra, tarea no fácil pues como ya he explicado ampliamente en la relación del Congreso de los Hispanistas italianos de Palermo, la obra fue publicada entre los años 1861-1865, en la revista *El eco burgalés*, de la cual desgraciadamente sólo he podido encontrar algunos números (del 4 al 24) que no contienen dicha publicación; sucesivamente publicó algunos capítulos con variantes respecto a la primera versión en las revistas *El caballero de la triste figura* (1868) y *Figaro* (1879), pues por avatares y problemas editoriales las dos revistas dejaron de publicarse antes de que se completara la publicación del *Don Quijote*, aunque, según testimonia el mismo Rives, la obra había sido revisada y corregida completamente y cuyo manuscrito él guarda para mejor ocasión.

No entro en materia crítica, que sin duda merece un estudio detallado pero eso requeriría mayor espacio del que aquí puedo disponer, por tanto sólo voy a detenerme en ilustrar la manera tan peregrina de que se vale el Bachiller Avellanado para despertar a Don Quijote y a su escudero Sancho de su largo sueño de casi tres siglos.

José Martínez Rives, en su Prólogo al lector con el que empieza sus versiones de *El eco burgalés* y de *El caballero de la triste figura*, explica ampliamente la trabajosa gestación de su

obra y los motivos que le han empujado a continuar la historia cervantina. Dirigiéndose al lector, cuya curiosidad de saber nuevas aventuras del Hidalgo manchego, es tan grande como su audacia por escribirlas, le pide perdón por un atrevimiento que tiene algo de chistoso sólo por el hecho de «intentar traer a nuestros días, porque piense, juzgue y viva en ellos el más concienzudo, sabroso y casto caballero que vieron y verán los anales de las naciones»³. El autor confiesa que lleva muchos años pensando en escribir la obra, que es fruto de una serie de reminiscencias literarias que se pueden rastrear fácilmente en sus páginas, pero también de un conocimiento profundo de Burgos y su provincia que como él dice la ha recorrido a caballo, visitando y estudiando los lugares, los pueblos y sus gentes, antes de ponerse a escribir. De hecho, el lector puede identificar sin grandes dificultades los escenarios descritos por Rives. Finalmente se decide a sacar a nueva vida al inmortal caballero para que siga luchando con malandrines y ayudando a los necesitados, en un tiempo que no es propio de la epopeya.

Rives, según dice en el Prólogo de *El eco burgalés*, manifiesta una gran preocupación por el lenguaje, pues quiere que se ajuste al de la obra original y viendo a su hijo calcar láminas de un libro sirviéndose sólo de un papel transparente, entendió como proceder, es decir limitándose a «calcar la gran lámina de las cosas actuales, sin más que un pliego elegido de papel transparente»⁴. Después pone un ejemplo, que también se encuentra en el texto de *El caballero de la triste figura*, es decir, el caso del tabaco auténtico, en contraste con el de contrabando que está hecho de hojas de nogal, aplicando esto al lenguaje⁵.

Los dos primeros capítulos tienen como escenario la cueva de Atapuerca y como tema la sorprendente manera de volver a la vida y de salir a la superficie de la tierra de Don Quijote y Sancho. En *El caballero*, el título del primer capítulo es genérico, «De como salió otra vez al mundo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, mientras el segundo se pone como continuación del primero. En el *Figaro*, los títulos son mucho más explícitos: «En que se principia a contar el raro y resonante modo como volvió a esta vida y mundo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha» y «En que se refiere la profunda aventura del venerable Atapuerca, que es una de las más intrincadas de esta memorable historia», respectivamente para el primer capítulo y para el segundo. En *El Caballero* se hace una referencia bien precisa al momento en que empieza la historia: «Eran las seis de la mañana del día doce de mayo del año mil ochocientos sesenta y cuatro, cuando me encontraba yo, el Bachiller Avellanado, en medio de la pendiente

te de una colina [...]», en cambio en *Figaro* hay un cambio que remite directamente al texto cervantino: «Eran las seis de la mañana de cierto día, del cual no quiero acordarme [...]»; el Bachiller Avellaneda como narrador intradieético sigue describiendo el paisaje grandioso de la sierra de Atapuerca en ese primaveral amanecer para luego pasar a sima y a los diferentes aspectos que asume según las estaciones del año: «es dulce y candorosa en la primavera, plácida y tranquila en la tarde de otoño, oscura en el invierno, ceñuda y tétrica en la caverna de Atapuerca, que es la de un pardo lugarejo de Castilla de cuyo nombre he querido acordarme»⁶. La manipulación del incipit del Quijote, sirve a Martínez Rives para situarnos en la famosa Cueva de Atapuerca.

En este tono sigue la descripción del paisaje de esta parte de la Sierra de la Demanda, distante unos 14 kilómetros de Burgos, para irse adentrando en las profundidades de la montaña de Atapuerca, entrando ese imponente “palacio subterráneo”, como el Bachiller Avellanado llama a la famosa cueva, hoy patrimonio de la Humanidad por su importancia desde el punto de vista de la evolución de la raza humana y que se ha convertido en centro de los estudios mundiales sobre el Pleistoceno Medio. Martínez Rives conoce bien el sitio, que había sido objeto de polémica justo en coincidencia con la primera salida de su *Don Quijote*. Dos años antes, el 20 de mayo de 1863, en *El Eco Burgalés* se inserta un artículo de D. Felipe Ariño y de D. Ramón Inclán, en el que se habla entre cosas de la Cueva ciega de Atapuerca. El 30 de julio de 1863, Felipe de Ariño hizo a la reina Isabel II la solicitud para que le concediera la concesión de la Cueva Mayor durante 60 años, para explotarla y protegerla de su destrucción y deterioro por parte de los muchos visitantes que accedían a ella. En esa solicitud la describe como un prodigio digno de aprecio y habla de su gran interés para los investigadores. El 13 de noviembre de 1863, L. Martínez Rives, Gobernador Civil y Presidente de la Comisión de Monumentos Artísticos y Literarios de la Provincia de Burgos, informa favorablemente de esta solicitud, alegando que la cueva es tan sólo una belleza natural y alude a hoyos prehistóricos⁷. En 1868 se nombra guía y conservador de la Cueva Mayor a D. Ramón Inclán y los ingenieros de minas Pedro Sampayo y Mariano Zuaznavar publican una *Descripción con Planos de la Cueva llamada Atapuerca*⁸.

El Bachiller Avellanado después de atravesar una fosa natural accede la cueva por el lado izquierdo donde se ve «a flor de tierra un ojo monstruoso con su ceja de espantables dimensiones: la pupila de ese ojo es la entrada iracunda a la caverna»⁹. Se adentra en ese antro y describe, entre otras cosas, un palacio que tiene como cielo las entrañas de la tierra y como pavimento un abismo, un mundo petrificado donde no hay seres vivientes. Las estalactitas y las estalagmitas forman un paisaje fantasmagórico con figuras que Rives va describiendo: extrañas arquitecturas, suntuosas mansiones, templos griegos, mansiones celtas, seres monstruosos, fantasmas, héroes de la antigüedad clásica, caballeros medievales, personajes de la literatura épica y de los poemas del Renacimiento italiano. Pero mientras todas las demás figuras siguen estando petrificadas, Don Quijote y Sancho han recobrado la vida.

Y estaba también allí Don Quijote de la Mancha dando principio a su conversación con el buen Sancho, que se limpiaba los ojos cerrado el puño. Era el habla de entrambos la única que se oía, acaso por ser la más digna de ser oída; y decían el uno y el otro así:

«Por mi ánima, Señor Don Quijote, que ha sido largo y pesado el sueño de esta noche, que no parece sino que he

dormido como tres siglo, según lo que me cuesta despertar y volver en mí; y que no sabré pensar ni decir cómo llegué sobre el rucio a estas alegres campiñas, que no las vi más holgadas y abundantes en toda mi vida.

De esas me pasan a mí, Sancho amigo, respondió Don Quijote, pues que no me hallo más hábil que tú para explicar este profundo sueño que hemos pasado; pero sabré decirte, si lo otro no sé, que esta profunda siesta me ha renovado y rehecho para continuar el ejercicio de mi profesión, digna de los mármoles del Egeo, no menos que de los nobles alcázares de la encumbrada Frigia (F, 30, 5/10 1879, p. 3).

Aunque no saben como han llegado hasta allí y ni se explican el profundo sueño del que acaban de despertar, Don Quijote se siente con nueva fuerzas para continuar su misión de caballero andante. Ambos siguen dialogando y entre las cosas que dicen, interesa subrayar la afirmación en la que Don Quijote expresa su convicción de que el destino le ha encomendado «resucitar la edad de oro sobre aquesta dorada que ahora pasa» (F, 30, 5/10 1879, p. 3). Es decir, Rives pone en boca del hidalgo manchego el motivo por el que lo ha despertado de su sueño secular. En la versión de *El Caballero de la triste figura* había sido todavía más explícito, pues Don Quijote dice: «y sabes que me está por la suerte encomendado resucitar la muerta edad de oro en ésta de barro que ahora pasa» (C, 3, 15/3/ 1868, 17).

El segundo capítulo empieza con la intervención del Bachiller Avellanado que escondido había asistido a la escena anterior, y ahora saliendo de escondrijo se acerca a Don Quijote y, adaptando su lenguaje al del caballero, le dice entre otras cosas:

Bien barrunto que vos debáis ser El de la Triste Figura porque hablar os oí; ni creo que con otro alguno podáis ser comparado ni confundido; pero, con todo eso, dado que sois tan bravo como complaciente, os ruego me digáis en descargo de conciencia si verdaderamente sois vivo todavía a pesar de vuestra antigua muerte llorada por el orbe, y si ejercéis y ejercitáis con regularidad todas aquellas funciones que las gentes de la tierra gastan y usan, y si van todas ellas con el compás y la regularidad que las corresponde (F, 31, 12/10 1879, p. 1).

Obviamente Don Quijote tiende a sacar a su interlocutor de su escepticismo y para convencerlo le dice que tome y palpe esos «cinco que la fama imperecedera pregona por los ámbitos del mundo». Entonces el Bachiller le recuerda que en toda la tierra pasa «por muerto y enterrado» y que sería «folloncico de tate, tate, el que os resucite», la respuesta es inmediata: «¡Bah! Exclamó Don Quijote: *Post tenebras spero lucem*, dicen juntos los volúmenes todos de mi historia; y esta mi nueva vida no es más sino que se ha cumplido el plazo de Barcelona.» (F, 31, 12/10 1879, p. 1). De esta manera Martínez Rives enlaza su obra con el final de la de Cervantes y haciendo referencia explícita al famoso plazo, ampliamente transcurrido, lo saca de su retiro, para devolverlo a la caballería. No están muertos, todo lo contrario, como añade Sancho, todavía viven «tan sanotes y teretes, y lo del tate tate sólo va con folloncicos». E inmediatamente Don Quijote ratifica y justifica la imposibilidad de morir completamente:

Señor Caballero, añadió Don Quijote; muérense del todo las gentes que en blanco se dejaron el libro de ss



Ilustración de Pablo Sanguino



hazañas; muérense el ignorante, el descreído y envidioso; mas no cadáveres sino inmortales son aquellos que pasaron en magnanimidad su existencia toda [...]. Y quisiera yo saber que fuera el mundo sin héroes, y que fueran los héroes con la muerte. Cuanto más que basta y sobra leer cualquiera historia de andantes caballeros para darse a entender que todo con ellos pasa por vía de encantamiento; lo cual puede probarse con simples nociones de aritmética; digo, con sumar, y no más, los tropiezos, trabajos, golpes, tajos reveses, cuchilladas, y aun pasagonzalos que sobrellevaron, los cuales ciertamente no hay hombre que pueda resistir a secas. Y quédese esto aquí, porque si para mi vida fuese necesario romper la valla y los hierros de la muerte misma, ese paso no se ha de dar sino que ya está dado, y de que es inmortal Don Quijote de la Mancha darán fe y testimonio verdadero todos aquellos a quienes quisieren preguntarlo (F, 31, 12/10 1879, p. 1).

Poniendo en boca de Don Quijote estas palabras, Rives refuerza la idea de la inmortalidad del hidalgo manchego, personaje mítico, imperecedero, con una vida propia que escapa al control incluso de su creador y capaz de romper la frontera entre la vida y la muerte si fuera necesario. En definitiva, como todos saben, él es inmortal.

Luego el narrador se presenta, como el Bachiller Avellanado, y entrando en el papel de personaje, finge no saber donde se encuentran. Y mientras van caminando y discurriendo entre ellos, «de un escondrijo lóbrego y rematadamente húmedo con grave paso, añoso continente, luenga barba, talar pardo y blanquísima melena salió un anciano sugeto apoyándose en un grueso cayado de nudosa encina» (F, 31, 12/10 1879, p. 2). Viéndolo Don Quijote se prepara para una nueva aventura, previene las armas y se dispone al combate, sin embargo el viejo con su pausada voz le calma, diciéndole que se ha cumplido el compromiso contraído con el de la Blanca Luna, y que el tiempo reclama su presencia en el presente siglo para que triunfe «el poder del sentimiento y el valor del heroísmo contra el positivismo miserable», para que después de un sueño de trescientos años vuelva a sus hazañas. Lo que da ocasión para comentar lo relativo que es el paso del tiempo, cuando se habla de la orden de caballería, pues, como dice Don Quijote «caballero hubo que se durmió como un mil años y a nadie hasta ahora ha ocurrido incomodarse por cosa tan poca. Sin ir más allá, ahí tienes a la mano los siete durmientes» (F, 31, 12/10 1879, p. 2).

El nuevo personaje se presenta como el «venerable Atapueca, genio tutelar de esta caverna renombrada», pues cada maravilla de la naturaleza tiene un guardián y a él le ha tocado esa inmensa gruta que es mansión de todos los héroes. Llamándolo Carapueca, Sancho se dirige a él, preguntándole sobre las glorias de esos héroes y así el venerable anciano empieza a explicar quién son las hieráticas figuras que van desfilando ante sus ojos. Este momento de la narración se colega directamente con el primer capítulo en el que el Bachiller Avellanado había descrito las fantásticas figuras creadas por la naturaleza a través de los siglos, en esta gruta, que se presenta como un grandioso y sugestivo museo natural. En su recorrido por las salas ven desfilan ante sus ojos figuras que el anciano genio de la gruta va ilustrando; por Atapueca, pasa la historia de la humanidad.

El episodio termina cuando Sancho pregunta si está también Dulcinea del Toboso. Pues ante la respuesta de Atapueca, quien dice que esa es mansión de héroes y no de

tobosas, Don Quijote se pone a gritar como un energúmeno y llamándole «don bellacón, don malandrín y don sin crianza» arremete contra él. Entonces el anciano

con un golpe de mano abrió un seno de la gruta, con lo que gran parte de ella se vino al suelo, con horrisono estruendo. Y un viento, cual jamás se conoció sobre la haz de la tierra, se desencadenó por la hendidura, a cuyo espantable ímpetu y fuerza salieron a este mundo rucios, caballos, caballeros y bachilleres, así como disparados por la boca de cañón cargado a metralla. Y como se encontraron sobre la exterior pendiente de la montaña comenzaron a rodar todos la cuesta abajo. En el misterioso recinto de la caverna se vio blanquear la figura del venerable anciano, así colosal como la montaña misma, y luego desapareció absolutamente (F, 31, 12/10 1879, p. 4).

De esta singular manera Rives hace reaparecer a Don Quijote y haciendo caso omiso a las palabras de Cervantes de que no lo lleven a Castilla la Vieja, le hace despertar precisamente en Burgos. Y a partir de ese momento, Don Quijote va a recorrer las tierras burgalesa, en una serie de aventuras y desaventuras que pondrán de manifiesto una vez más la sin par lucha entre este singular caballero y unos imaginarios adversarios que como en el caso del tren reflejan algo nuevo para él totalmente desconocidas; en su afán de enderezar entuertos se va a encontrar con una realidad en la que poca cabida tienen los ideales caballerescos. No es época de epopeya, como dice M. Rives, por el contrario en el mundo faltan héroes y caballeros andantes para enderezar entuertos, y precisamente por eso quizá la presencia del hidalgo de la Mancha no sea superflua. De hecho, Rives en la versión de *El caballero de la triste figura*, pone en boca de Don Quijote la siguiente consideración, con la que termino:

Ya vanse manifestando los hados más propicios, Sancho amigo, con que seamos caballeros de los que a sus aventuras van, pues, te juro en mi ánima, que, o del todo me engaño (y no lo creo), o ha de haber ahora más malandrines que castigar que jamás hubo, y más entuertos que enderezar que jamás se vieron, según lo que desde aquí oigo y escucho (C, n. 3, 15/3/1868,19) ■

NOTAS

¹ Para noticias sobre el autor remito a mi reciente relación: «Una tercera parte de don quijote del siglo xix compuesta por el bachiller avellanado», presentada en el *XXIII Congreso dell'Associazione Ispanisti Italiani. L'insula del Don Chisciotte*, Palermo 6-8 octubre 2005.

² D. Hergueta y Martín, *Historia de la imprenta en Burgos y provincia*, s. l., s. a., IV, p. 47.

³ *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*. Tercera parte compuesta por el Bachiller Avellanado. "Al que leyere ú oyere leer", en *El caballero de la triste figura*, n. 1, domingo 1 de marzo de 1868, p. 1.

⁴ Cfr. D. Hergueta, *Obra cit.*, vol. p. .

⁵ *El caballero de la triste figura*, n. 1, domingo 1 de marzo de 1868, p. 3.

⁶ *Figaro*, número 30, 5 octubre 1879, p. 1. En *El Caballero...* aparte otras pequeñas variantes, se añade que Atapueca está cerca de Burgos (n. 2, domingo 8 marzo 1868, p. 1).

⁷ Ana I. Ortega Martínez, Miguel A. Martín Merino, *G. E. Edelweiss), *Dos documentos inéditos relacionados con la cueva de Atapueca*, p. 21.

⁸ P. Sampayo y M. Zuaznavar, *Descripción con Planos de la Cueva llamada Atapueca ilustrada con vistas por D. Isidro Gil Burgos*, imprenta de D. Timoteo Arnáiz 1868. En la página 17 de esta obra se cita el artículo que F. Ariño y R. Inclán habían publicado en *El Eco Burgalés*.

⁹ *Figaro*, n. 30, 5 octubre 1879, p. 1.